

PEDRO ABELARDO



Historia Calamitatum

www.omegalfa.es

Biblioteca Libre

Pedro Abelardo

Historia Calamitatum

Los ejemplos —mucho más que las palabras— suscitan o mitigan con frecuencia las pasiones humanas. Esto fue lo que me decidí —después de un leve intento de conversación en busca de un consuelo momentáneo— a escribir una carta de consolación a un amigo ausente sobre la experiencia de mis propias calamidades. Estoy seguro de que, comparadas con las mías, tendrás a las tuyas como no existentes o como simples tentaciones y te serán más llevaderas.

1

Nacimiento de Pedro Abelardo. Sus padres

Nací en una localidad que se levanta en la raya misma de Bretaña, a unos ocho kilómetros de la ciudad de Nantes. Su verdadero nombre es Le Pallet. Mi tierra y mis antepasados me dieron este ágil temperamento que tengo así como este talento para el estudio de las letras. Tuve un padre que, antes de ceñir la espada, había adquirido cierto conocimiento de las letras. Y más tarde fue tal su pasión por aprender, que dispuso que todos sus hijos antes de ejercitarse en las armas se instruyeran en las letras. Y así se hizo. A mí, su primogénito, cuidó de educarme con tanto más es-

mero cuanto mayor era su predilección por mí. Yo, por mi parte, cuanto mayores y más fáciles progresos hacía en el estudio, con tanto mayor entusiasmo me entregaba a él. Fue tal mi pasión por aprender que dejé la pompa de la gloria militar a mis hermanos, juntamente con la herencia y la primogenitura. Abandoné el campamento de Marte para postrarme a los pies de Minerva. Preferí la armadura de la dialéctica a todo otro tipo de filosofía. Por estas armas cambié las demás cosas, prefiriendo los conflictos de las disputas a los trofeos de las guerras. Así pues, recorrí diversas provincias, disputando. Me hice émulo de los filósofos peripatéticos, presentándome allí donde sabía que había interés por el arte de la dialéctica.

2.

Es perseguido por su maestro Guillermo de Champeaux

Llegué, por fin a París, donde desde antiguo florecía, de manera eminente, esta disciplina. Y me dirigí a mi maestro Guillermo de Champeaux, que descollaba en esta materia tanto por su competencia como por su fama. Permanecí a su lado algún tiempo, siendo aceptado por él. Después llegué a serle un gran peso, puesto que me vi obligado a rechazar algunas de sus proposiciones y a arremeter a menudo en mis argumentaciones contra él. Y, a veces, me parecía que era superior a él en la disputa. Los que más sobresalían entre mis condiscípulos veían esto con tanta mayor indignación cuanto menor era mi edad y mi estudio. De aquí arrancan mis desdichas que se prolongan hasta el día de hoy. Cuanto más crecía mi fama más se cebaba en mí la envidia ajena.

Sucedió, pues, que, presumiendo de un talento superior a lo que permitían las posibilidades de mi edad, aspiré, yo, un jovenzuelo, a dirigir una escuela. Busqué incluso el lugar donde establecerme: Melum, campamento entonces insigne y residencia real. Mi maestro presintió mis intenciones y, desde entonces, trató por

todos los medios de alejar mi escuela lo más posible de la suya, maquinando en secreto toda clase de obstáculos. Tan a pecho lo tomó que antes que yo dejara sus clases, impidió la preparación de las mías, privándome de la plaza que me había sido conferida. Con la ayuda de algunos poderosos del lugar, que eran sus adversarios, empecé a sentirme seguro en mi empeño y la envidia no disimulada del maestro me conquistó el favor y apoyo de la mayoría. A partir de este primer ensayo de mis clases en el arte de la dialéctica, mi nombre comenzó a conocerse de tal modo que poco a poco fue extinguiéndose la fama no sólo de mis discípulos, sino de mi mismo maestro. Ello hizo que, engallándome más de la cuenta, tratara de trasladar inmediatamente mis clases a la localidad de Corbeil, cercana a París. Sin duda aquí tendría más oportunidades de enfrentarme a él en la disputa y confundirle.

Al poco tiempo tuve que volver a mi tierra, aquejado por una enfermedad, causada, sin duda, por mi desmedido afán de estudio. Estuve alejado de Francia durante algunos años, siendo buscado y solicitado por aquellos que estaban interesados en la dialéctica. Pasados unos años —restablecido ya de mi enfermedad— supe que mi maestro Guillermo, archidiácono de París, había cambiado su hábito anterior y había entrado en la orden de los clérigos regulares. Y lo hizo —según se decía— con el propósito de que, si era tenido por hombre de piedad, sería elevado a una mayor dignidad. Y así sucedió, pues fue hecho obispo de Chalons. Pero el hábito de su conversión no fue capaz de sacarle de su ciudad de París ni de su acostumbrado estudio de la filosofía. En el mismo monasterio en que se había refugiado por motivos religiosos empezó a impartir públicamente sus clases, según su costumbre. Volví entonces a escuchar de sus labios las lecciones de retórica. Y entre los diversos ejercicios de nuestro discurso filosófico me propuse echar por tierra e incluso destruir su teoría de los universales con argumentos clarísimos. En su teoría de los universales afirmaba que una misma esencia estaba en todas y cada una de las cosas particulares o individuos. En consecuencia, no había lugar a una diferencia esencial entre los individuos sino a una variedad debida a la multiplicidad o diversidad de los accidentes. Pasó después a corregir su afirmación diciendo que las cosas

eran las mismas no esencialmente sino a través de la no diferencia.

El tema de los universales siempre ha sido el problema principal de la dialéctica. Tan importante que el mismo Porfirio en su *Isagoge*, al tratar de los universales, no se atrevió a pronunciarse, diciendo que «era un asunto muy arriesgado». Pues bien, cuando nuestro hombre corrigió, o mejor dicho, se vio obligado a abandonar su teoría original, sus clases cayeron en tal desprestigio, que ya no se le daba apenas crédito en otros temas, como si todo su saber descansara solamente en la cuestión de los universales.

A partir de este momento fue tal el auge y la autoridad que adquirieron mis lecciones que, incluso aquellos que anteriormente seguían con más entusiasmo al maestro y aborrecían al máximo mi doctrina, volaron a mis clases. El mismo que había sucedido a mi maestro en la cátedra parisiense, me ofrecía ahora su puesto y se unía a los demás para seguir mi magisterio, allí donde antes había florecido su maestro y el mío. A los pocos días de tomar las riendas del estudio de la lógica, no es fácil expresar la envidia y el dolor que comenzó a atacar y roer a mi maestro. Sin poder aguantar la mordida de la miseria que le devoraba, empezó, ya entonces, a derribarme de una manera solapada. No teniendo nada abiertamente contra mí, intentó quitar las clases —alegando los más bajos crímenes— a aquél que me había concedido su magisterio, en beneficio de un antiguo rival mío que le había sustituido en su puesto. Volví de nuevo a Melum y seguí dando mis clases como lo había hecho anteriormente. Cuanto más me perseguía su envidia más crecía mi autoridad, según aquel verso:

Summa petit livor, perflant altissima venti.

No mucho después —cuando casi todos sus discípulos empezaban a poner en duda su piedad y a murmurar cada vez más sobre su conversión al ver que no se marchaba de la ciudad —él y sus seguidores trasladaron sus clases a una localidad alejada de París. Yo, desde Melum, volví inmediatamente a París, esperando así hacer las paces con él. Pero —como ya dije más arriba— es-

tando mi plaza ocupada por uno de mis rivales, trasladé mi escuela fuera de la ciudad, a la montaña de Santa Genoveva y coloqué allí mi campamento, pensando un poco en asediar al que había ocupado mi puesto.

Oído lo cual, mi maestro volvió inmediata y descaradamente a París. Las clases que podía dar —así como el pequeño grupo de seguidores— volvió a instalarlos en el antiguo monasterio, como queriendo liberar de mi asedio a aquel soldado suyo que había desertado. Pero lo que él creía que le iba a favorecer se volvió en su daño. Los pocos e insignificantes discípulos que le seguían fieles, lo hacían sobre todo por las lecciones que daba sobre Prisciano, en el que se creía una autoridad. Pues bien, después de llegar el maestro, perdió casi completamente a los alumnos, viéndose obligado a suspender el régimen de clases. No mucho después —como desesperado de la gloria mundana— dirigió también él su camino hacia la vida monástica.

Después de la vuelta de mi maestro a la ciudad, conoces bien los choques y disputas que mis discípulos tuvieron con él y sus seguidores. Conoces también el desenlace que esta contienda tuvo para ellos y de rechazo para mí. Sólo me queda repetir con calma y ufanía el verso de Ajax:

Siquaeritis hujus Fortunam pugnae, non sum superatus ab illo.

Si yo me callara, hablarían por sí mismas las cosas y pondrían fin a este asunto.

Mientras sucedía todo esto, mi queridísima madre Lucía me estaba empujando a volver a Bretaña, mi patria. Después de la profesión de mi padre Berengario en la vida monástica, ella se disponía a hacer lo mismo. Cuando todo esto se resolvió, volví a Francia con la intención principal de aprender teología. Para estas fechas ya mi maestro Guillermo se había instalado en el obispado de Chalons. En esta disciplina gozaba de la máxima autoridad su propio maestro, Anselmo de Laón, por sus muchos años.

3.

Llega a Laón. El maestro Anselmo

Me presenté, pues, a este anciano a quien habían dado nombre más sus largos años que su talento y memoria. Si alguien se acercaba a él con ánimo de salir de la incertidumbre en un tema determinado, salía más incierto todavía. Era maravilloso a los ojos de los que le veían, pero una nulidad para los que le preguntaban. Dominaba admirablemente la palabra, pero su contenido era despreciable y carecía de razones. Al encender el fuego, llenaba de humo la casa, no la iluminaba con su luz. Su árbol cubierto de follaje aparecía espléndido a los que lo contemplaban desde lejos, pero los que se acercaban y lo miraban con más detenimiento, lo veían sin frutos. Al acercarme a él para obtener algún fruto, me di cuenta de que era la higuera que maldijo el Señor. O también aquella vieja encina que Lucano compara a Pompeyo, cuando dice:

Stat magni nominis umbra

Cuando llegué a descubrir esto, no me tumbé ocioso durante muchos días a su sombra. Poco a poco me fui ausentando de sus clases, hasta presentarme en ellas muy de tarde en tarde. Sus discípulos lo llevaban muy mal, interpretándolo como desprecio a tan eminente maestro. Secretamente empezaron a indisponerlo contra mí, hasta el punto de suscitar su envidia hacia mi persona. Cierta día nos encontrábamos bromeando todos los estudiantes, después de haber asistido a una de sus clases, sobre las Sentencias. No sin intención se acercó a preguntarme qué me parecía el estudio de los Libros Sagrados, a mí que sólo había estudiado la filosofía. Le respondí que me parecía saludabilísimo el estudio de estos textos, ya que, en ellos, se aprende la salvación del alma. Lo que no deja de asombrarme —proseguí— es ver que los que se tienen por doctos, para poder entender las glosas o escritos de los Padres, no se sirven de sus propios comentarios, sin necesidad de acudir a otro magisterio.

Muchos de los presentes se echaron a reír y me retaron diciendo si yo era capaz de acometer tal empresa. Les respondí que estaba dispuesto a ensayar la experiencia, si ellos querían. Entonces, gritando a una y riendo a carcajadas, dijeron:

—Sí, de acuerdo. Buscaremos un comentarista de un texto raro de la Escritura. Te lo daremos y veremos qué es lo que nos prometes.— Todos convinieron en elegir la oscurísima profecía de Ezequiel. Tomé el comentarista y al instante les invité a la lección para el día siguiente. Ellos me aconsejaban contra mi voluntad, diciendo que no había que precipitarse en un asunto de tanta importancia. Había que vigilar con más tiempo a un inexperto como yo para que pensara y ordenara mi exposición.

Yo les contesté indignado, diciendo que no era mi costumbre sacar partido de mis prácticas, sino emplear a fondo mi propia inteligencia, añadiendo que desistía de mi empeño si ellos no estaban dispuestos a acudir a la lección a la hora señalada por mí.

A mi primera lección acudieron unos pocos, sin duda por parecerles ridículo que un hombre como yo, totalmente inexperto en la sagrada página, acometiera el asunto con tanta precipitación. Tan agradable resultó mi lección a los que asistieron, que la alabaron con extraordinario entusiasmo, animándome a seguir glosando a tenor de esta lección. Oído lo cual, los que no habían asistido, comenzaron a presentarse ordenadamente a una segunda y tercera lección. Y todos ellos estaban muy interesados en hacer copias de las glosas que había hecho desde el primer día.

4.

Es perseguido por su maestro Anselmo

El susodicho anciano —Anselmo de Laón— roído por la envidia y azuzado por las insinuaciones contra mí mencionadas arriba, empezó a perseguirme en mis lecciones de Escritura no menos que lo hiciera antes mi maestro Guillermo en las de filosofía. En las clases de este anciano había entonces dos estudiantes que

parecían destacar sobre los demás. Eran Alberico de Rheims y Lotulfo de Lombardía, cuya hostilidad hacia mí era tanto más intensa cuanto más presumían de sí mismos. Su insinuación — como después se comprobó— hizo que el anciano, visiblemente trastornado, me impidiera continuar glosando la obra comenzada que yo desarrollaba en su cátedra, alegando que no quería que se le imputara a él ningún error que yo pudiera formular por mi falta de competencia. Cuando esto llegó a oídos de los estudiantes, su indignación no tuvo límites. Evidentemente, era una calumnia fruto de la rabia y de la envidia, cosa que nunca había sucedido antes con ninguno. Así pues, cuanto mas patente era la injusticia más honor me reportaba: la persecución me dio más renombre.

5.

Continúa en París las clases iniciadas en Laón

A los pocos días de haber vuelto a París se me dieron en propiedad pacífica durante algunos años las clases que hacía tiempo se me habían prometido y ofrecido y de las que fui apartado arbitrariamente. Y ya desde el mismo inicio, quise completar las glosas o comentarios de Ezequiel que había comenzado en Laón. Tal acogida tuvieron entre los oyentes, que creyeron que había alcanzado yo no menor gloria en la Escritura que la que antes habían apreciado en las lecciones de filosofía. No se te ocultan la gloria y los beneficios económicos que la fama divulgó debido a la multiplicación repentina de alumnos a ambas clases de escritura y filosofía.

Has de recordar, sin embargo, que la prosperidad hincha a los necios y que la tranquilidad mundana enerva el vigor del espíritu, que se disipa a través de los placeres de la carne. Creyéndome el único filósofo que quedaba en el mundo y sin tener ya ninguna inquietud, comencé a soltar los frenos a la carne, que hasta entonces había tenido a raya. Sucedió, pues, que cuantos más progresos hacía en la filosofía y en la teología más comenzaba ahora

a apartarme de los filósofos y teólogos por la inmundicia de mi vida. Sabido es que los filósofos —no digamos los teólogos, dedicados a captar las enseñanzas de las sagradas páginas— brillaron por el don de la continencia. Estando, pues, dominado por la soberbia y la lujuria, la gracia divina puso remedio, sin yo quererlo, a las dos enfermedades. Primero a la lujuria, después a la soberbia. A la lujuria, privándome de los órganos con que la ejercitaba. Y a la soberbia —que nacía en mí por el conocimiento de las letras, según aquello del Apóstol «la ciencia hincha», humillándome con la quema de aquel libro del que más orgulloso estaba.

De estas dos cosas quiero informarte puntualmente —antes de que lleguen a tus oídos de otro modo— y en su debido orden. Siempre me mantuve alejado de la inmundicia de prostitutas. Evité igualmente el trato y frecuencia de las mujeres nobles en aras de mi entrega al estudio. Tampoco sabía gran cosa de las conversaciones mundanas. La mala fortuna —según dicen— me deparó una ocasión más fácil para derribarme del pedestal de mi gloria. Fue la ocasión que hizo suya la divina piedad para atraer a sí al humillado más soberbio, olvidado de la gracia recibida.

6.

Se enamora de Eloísa. Heridas del cuerpo y del alma

Es el caso que, en la misma ciudad de París, había una jovencita llamada Eloísa, sobrina de un canónigo de nombre Fulberto. Su amor por ella era tal que le llevaba a procurarla cuanto estuviera en su mano para que progresara en el conocimiento de las letras. Esta jovencita que, por su cara y belleza no era la última, las superaba a todas por la amplitud de sus conocimientos. Este don —es decir, el conocimiento de las letras— tan raro en las mujeres, distinguía tanto a la niña, que la había hecho celeberrima en todo el reino. Ponderando todos los detalles que suelen atraer a los amantes, pensé que podía hacerla mía, enamorándola. Y me convencí de que lo podía hacer fácilmente.

Era tal entonces mi renombre y tanto descollaba por mi juventud y belleza que no temía el rechazo de ninguna mujer a quien ofreciera mi amor. Creí que esta jovencita accedería tanto más fácilmente a mis requerimientos cuanto mayor era mi seguridad de su amor y conocimiento por las letras. Me convencí, además, de que, aun estando ausentes, podíamos estar presentes por medio de cartas mensajeras. Sabía, también, que podía escribir con más libertad que decir las cosas de viva voz y de este modo estar siempre en un diálogo dulcísimo.

Enamorado locamente de esta jovencita, traté de acercarme a ella en un trato diario y amistoso, para, de esta manera, llegar más fácilmente a que me aceptara. A este fin, logré de su tío —no sin la intervención de algunos amigos suyos— que ella me recibiera en su casa —próxima al lugar donde yo daba las clases— previo pago de una cantidad por el hospedaje. Le di como pretexto que los cuidados de la casa me impedían estudiar y que los gastos eran superiores a lo que yo podía pagar. Nuestro hombre, tremendamente avaro, estaba siempre pendiente de su sobrina, sobre todo en lo referente a sus estudios y conocimientos literarios. Conseguí fácilmente mi doble intento: hacerle creer que tendría el dinero y que su sobrina recibiría algo de mi doctrina. Accedió, pues, a mis deseos —más de lo que yo podía esperar— advirtiéndome con vehemencia que tuviera cuidado con el amor.

«—Te la encomiendo a tu magisterio —me dijo— de tal manera que cuando vuelvas de tus clases, has de entregarte día y noche a enseñarla. Si la ves negligente, repréndela con energía.»

Quedé admirado y confundido de su simpleza en este asunto, no menos que si entregase a una inocente cordera a un lobo famélico. Pues al entregármela —no sólo para que la enseñase, sino también para que la corrigiese con fuerza—, ¿qué otra cosa hacía más que dar rienda suelta a mis deseos y darme la ocasión, aun sin quererlo, para que si no podía atraerla hacia mi con caricias lo hiciera más fácilmente con las amenazas y azotes?

Había dos cosas, sin embargo, que le impedían pensar mal: el amor a su sobrina y la fama adquirida de mi continencia. ¿Puedo decir algo más? Primero nos juntamos en casa; después se junta-

ron nuestras almas. Con pretexto de la ciencia nos entregamos totalmente al amor. Y el estudio de la lección nos ofrecía los encuentros secretos que el amor deseaba. Abríamos los libros, pero pasaban ante nosotros más palabras de amor que de la lección. Había más besos que palabras. Mis manos se dirigían más fácilmente a sus pechos que a los libros. Con mucha más frecuencia el amor dirigía nuestras miradas hacia nosotros mismos que la lectura las fijaba en las páginas. Para infundir menos sospechas, el amor daba de vez en cuando azotes, pero no de ira. Era la gracia —no la ira— la que superaba toda la fragancia de los ungüentos. ¿Puedo decirte algo más? Ninguna gama o grado del amor se nos pasó por alto. Y hasta se añadió cuanto de insólito puede crear el amor. Cuanto menos habíamos gustado de estas delicias, con más ardor nos enfrascamos en ellas sin llegar nunca al hastío. Y cuanto más dominado estaba por la pasión, menos podía entregarme a la filosofía y dedicarme a las clases. Me era un tormento ir a clase y permanecer en ella. Igualmente doloroso me era pasar en vela la noche esperando el amor, dejando el estudio para el día. Tan descuidado y perezoso me tornaba la clase que todo lo hacía por rutina, sin esfuerzo alguno de mi parte. Me había reducido a mero repetidor de mi pensamiento anterior. Y si, por casualidad, lograba hacer algunos versos eran de tipo amoroso, no secretos filosóficos. Buena parte de esos poemas —como sabes— los siguen cantando y repitiendo todavía en muchos lugares, esos a quienes sonrío la vida.

No es fácil imaginar la tristeza, gemidos y lamentos que todo esto provocó en los estudiantes, quienes ya habían sentido mi preocupación, por no decir mi perturbación. A nadie, según creo, podía engañar cosa tan evidente, a no ser a aquél a quien más afectaba la deshonra, es decir, al tío de la jovencita. El cual no podía creer nada de esto, a pesar de las sugerencias, que en este sentido, le habían hecho algunos. Estaba cegado, sin duda — como dije más arriba— por su cariño a la sobrina y también por ser sabedor de la continencia que yo había observado en mi vida pasada. Difícilmente sospechamos una torpeza de aquellos a quienes mucho amamos. Tampoco cabe en un amor vehemente la torpe sospecha de una mancha. Así lo apuntaba San Jerónimo en su carta a Sabiniano: «Solemos ser los últimos en conocer los

males de nuestra casa y los vicios de nuestros hijos y cónyuges, mientras los cantan los vecinos.» Pero, aunque tarde, al fin termina sabiéndose. Y lo que todos saben no es fácil que quede oculto a uno. Así sucedió con nosotros después de pasados varios meses.

Puedes imaginarte el dolor del tío al descubrirlo. ¡Y cuál la amargura de los amantes al tener que separarse! ¡Qué vergüenza la mía y que bochorno al ver el llanto y la aflicción de la muchacha! ¡Qué tragos de amargura tuvo ella que aguantar por mi misma vergüenza! Ninguno de los dos se quejaba de lo que le había pasado al otro. Ninguno lamentaba sus propias desdichas, sino las del otro. La separación de los cuerpos hacía mas estrecha la unión de las almas. Y la misma ausencia del cuerpo encendía más el amor. Pasada ya la vergüenza, más nos abandonamos a nosotros mismos, de tal forma que aquella disminuía a medida que nos entregábamos al amor. Se realizó en nosotros lo que narra la leyenda poética cuando fueron sorprendidos Marte y Venus.

No mucho después la jovencita entendió que estaba encinta. Y con gran gozo me escribió comunicándome la noticia y pidiéndome al mismo tiempo consejo sobre lo que yo había pensado hacer. Así pues, cierta noche en que su tío estaba ausente, puestos previamente de acuerdo, la saqué furtivamente de la casa del tío y la traje sin dilación a mi patria. Aquí vivió en casa de mi hermanos, hasta que dio a luz un varón a quien llamó *Astrolobium*.

Sólo el que lo haya experimentado podrá comprender el dolor y la vergüenza que sobrecogió al tío después de la fuga. Quedó medio trastornado. No sabía qué hacer contra mí, ni qué trampas tenderme. Si me mataba o hería en alguna parte de mi cuerpo, su queridísima sobrina corría el peligro de ser castigada por parte de los de mi casa. No se atrevía a secuestrarme ni obligarme a ir a otra parte contra mi voluntad, máxime, sabiendo que yo estaba alertado y que había tomado mis precauciones, y que, si se atrevía a hacerlo yo no dudaría en agredirlo. Por fin, compadecido de su enorme angustia y —acusándome a mí mismo del engaño o trampa que me había tendido el amor, que yo consideraba como la mayor traición— me dirigí a nuestro hombre. Le supliqué y

prometí cualquier satisfacción que él tuviera a bien señalarme. Le advertí que nadie se debía extrañar —si de verdad sabía lo que es el amor— y que recordara a cuanta ruina habían llevado las mujeres a los más encumbrados varones ya desde el mismo inicio del mundo. Y para aplacarle más de lo que él mismo podía esperar me ofrecía darle satisfacción, uniéndome en matrimonio a la que había corrompido. Con tal de que se hiciera en secreto y mi fama no sufriera detrimento alguno. Asintió él, y bajo su palabra y sus besos selló conmigo la reconciliación que yo había solicitado. De esta manera me traicionaría con mas facilidad.

7.

Eloísa se opone al matrimonio

Partí para Bretaña y me traje a la amiga para hacerla mi esposa. Ella no estaba absolutamente de acuerdo con mi propuesta y daba dos razones fundamentales: el peligro que yo corría con ello y la deshonra que se me venía encima. Juraba que su tío nunca quedaría aplacado con ninguna satisfacción, como después se supo. ¿Qué honor podía acarrearle un matrimonio —alegaba— que tanto me había deshonrado a mí y humillado a los dos? ¿No debía castigarla a ella el mundo habiéndole privado de semejante lumbrera? ¿Qué de maldiciones, qué desastres para la Iglesia y cuántas lágrimas de los filósofos aguardaban a aquel matrimonio! Sería injusto y lamentable que aquél a quien la naturaleza había creado para todos se entregase a una sola mujer como ella, sometiéndome a tanta bajeza. Le horrorizaba este matrimonio que más que todo sería para mí un oprobio y una carga. Ponía ante mis ojos la deshonra y dificultades del matrimonio que el Apóstol nos aconseja evitar: *«¿Estás soltero? No busques mujer, aunque si te casas no haces nada malo. Y si una mujer soltera se casa, tampoco. Es verdad que en lo humano pasarán sus apuros, pero yo os respeto»*. Y también *«Querría además que os ahorrarseis preocupaciones»*.

—Si desoyes el consejo del apóstol —me decía— y las exhortaciones de los santos y te unces al yugo pesado del matrimonio, por lo menos deberías tener en cuenta a los filósofos y a lo que sobre este tema han escrito. Es lo que hacen a menudo los santos cuando nos increpan. Tal es el caso de San Jerónimo en el primer libro *Contra Joviniano*: Nos recuerda allí el santo que Teofrasto —expuestas con toda precisión las intolerables molestias del matrimonio y sus constantes sobresaltos— estima que el intelectual no debe tomar esposa. Y por razones del todo evidentes. A continuación se extiende en consideraciones de tipo filosófico, para terminar diciendo:

«—¿Qué cristiano no suscribirá éstas y otras cosas por el estilo que expone Teofrasto?» Y sigue hablando del mismo tema. «Cicerón —afirma— fue instado por Hircio a que —después de haber repudiado a Terencia— se casase con su hermana. Se negó rotundamente, alegando que no podía dedicarse igualmente a la mujer y a la filosofía. No dice simplemente dedicarse, sino que añade igualmente, no queriendo hacer nada que se igualara a la filosofía.

Pasando ahora por alto el impedimento de la dedicación a la filosofía —siguió diciendo ella— espero que te convenzan las razones de un estado de vida digno. ¿Qué relación puede haber entre los estudiantes y las criadas, entre los escritorios y las cunas, entre los libros, las mesas de estudio y la rueca, entre los punzones o plumas y los husos? ¿Quién, finalmente, dedicado a las meditaciones sagradas o filosóficas podría aguantar la llantina de los niños, los lamentos de las niñeras que los calman y el trajín de la familia tanto de los hombres como de las mujeres? ¿Quién podría soportar la caca continua y escandalosa de los niños? Me dirás que sólo los ricos pueden hacerlo. Tienen palacios y mansiones con grandes habitaciones y cuya opulencia no les hace sentir los gastos ni se atormentan por las preocupaciones diarias. Diré, además, que no es la misma la situación de los filósofos que la de los ricos. Tampoco los que buscan la riqueza y están implicados en los negocios mundanos se dedican a la filosofía ni a la teología. Por todo lo cual, los insignes filósofos de otros tiempos, despreciando el mundo —no tanto dejándolo, cuanto huyendo de él—

se prohibieron a sí mismos toda clase de placeres para descansar solamente en los brazos de la filosofía. Séneca, el mayor de los filósofos, aconseja así a Lucilo: «No hay que filosofar sólo cuando se está libre. Hay que dejarlo todo para concentrarnos en esto únicamente, para lo cual todo tiempo es poco. No hay mucha diferencia entre suprimir o interrumpir la filosofía, pues no queda donde ha sido interrumpida. Hay, por tanto, que hacer frente a las dificultades, no prolongándolas sino suprimiéndolas.

Esto es lo que hacen entre nosotros por el amor de Dios los que son verdaderos monjes. Lo mismo hicieron aquellos nobles filósofos que existieron entre los gentiles. Pues en toda clase de pueblos —sean gentiles, judíos o cristianos— hubo siempre hombres que, por su fe u honestidad de vida, destacaron por encima de los demás y que se apartaron de la masa por una cierta singularidad en su castidad o austeridad. Entre los judíos están los antiguos nazireos, que se consagraban al Señor, según la Ley; o los hijos de los profetas, seguidores de Elías y Eliseo, que según el testimonio de San Jerónimo, los llamamos monjes del Antiguo Testamento y en tiempos más recientes, Josefo distingue en sus Antigüedades, Libro XVIII, tres sectas de filosofía, la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios. Y entre nosotros están los monjes que imitan o la vida común de los apóstoles o la vida anterior y solitaria de Juan Bautista. Y entre los gentiles, como dije, están los filósofos. El nombre de sabiduría o filosofía no se refiere tanto a la consecución de la ciencia cuanto a la perfección de la vida, tal como se entendió siempre, ya desde el principio. Y tal es también el sentir de los santos. A esto se refieren aquellas palabras de San Agustín en el Libro VIII de la Ciudad de Dios en que distingue las diversas clases de filósofos «La clase itálica tuvo como autor a Pitágoras de Samo de quien se dice que proviene el mismo nombre de filosofía. Pues como se acostumbrara a llamar filósofos a los que parecían ofrecer una vida ejemplar a los demás, preguntado cual era su profesión, respondió: «La de filósofo. Es decir, la de buscador y amante de la sabiduría pues le parecía que era muy arrogante llamarse sabio.»

Cuando se dice en este lugar «los que parecían ofrecer a los demás una vida ejemplar», se prueba claramente que los sabios de

los pueblos, es decir, los filósofos reciben este nombre más por la bondad de su vida que por su ciencia

No quiero traer ahora ejemplos para resaltar su sobriedad y continencia, pues parecería que quiero enseñar a la misma Minerva. Pero, si los laicos y paganos vivieron de esta manera, sin estar vinculados a ninguna religión, ¿qué has de hacer tú, clérigo y canónigo, para no preferir los torpes placeres a los divinos oficios y no te trague el torbellino de esta Caribdis, ni te enfangues sin honra y para siempre en estas obscenidades? Si no te preocupa la prerrogativa de clérigo, por lo menos defiende la dignidad de filósofo. Si se desprecia la reverencia de Dios, que el amor a la honestidad contenga la desvergüenza.

Recuerda también que Sócrates estuvo casado y cómo lavó esta mancha de la filosofía en su vida personal a fin de que sus seguidores fueran después más cautos en seguirle. Cosa que no pasó desapercibida al mismo San Jerónimo, quien escribiendo sobre Sócrates en el primer libro *Contra Joviniano*, dice: «En cierta ocasión, cuando trataba de aguantar los infinitos insultos que desde una ventana le dirigía su mujer Xantipa, calado de agua sucia, por toda respuesta dijo, secándose la cabeza. “Estaba seguro que a estos truenos seguiría la lluvia”.»

Que sería para mí —añadió finalmente Eloísa— sumamente peligroso traérmela conmigo. Sería más de su agrado para ella —y para mí más honroso— que la llamara amiga mejor que esposa, y que me mantuviera unido a ella sólo por amor y no por vínculo alguno nupcial. Y que, si habíamos de estar algún tiempo separados, gozaríamos de unos goces tanto más intensos cuanto más espaciados.

De esta y otras maneras trataba de persuadirme o disuadirme sin que lograra doblegar mi insensatez ni siquiera molestarme por ello. Entre vehementes suspiros y lágrimas zanjó así su perorata: «Sólo queda una cosa —dijo— para que suceda lo último: que en la perdición de los dos el dolor no sea menor que el amor que lo ha precedido.» Tampoco en esto —como todo el mundo sabe— le faltó el espíritu de profecía.

Nacido, pues, nuestro hijo, lo encomendamos al cuidado de mi hermana y volvimos clandestinamente a París. Después de unos días —habiendo pasado la noche en vela y oración secreta en una iglesia— muy de mañana, allí mismo, nos unimos en matrimonio en presencia de su tío y de algunos amigos tanto nuestros como de él. Luego nos fuimos secretamente cada uno por su lado.

Sólo nos veíamos raras veces y en secreto, tratando de disimular lo que habíamos hecho.

Pero su tío y los criados —como buscando aliviar su deshonra— comenzaron a divulgar el matrimonio contraído y a romper la palabra que sobre este punto se me había dado. Eloísa, por su parte, anatematizaba y juraba que todo era falso. Fulberto, visiblemente exasperado, la molestaba con frecuentes insultos. Al enterarme yo, la trasladé a cierta abadía de monjas cercana a París, llamada Argenteuil, donde había sido educada de niña y aprendido las primeras letras. Mandé también que se le hiciera un hábito religioso, propio de las arrepentidas —a excepción del velo— que yo mismo le vestí.

Cuando se enteraron su tío, sus familiares y amigos, juzgaron que ahora mi engaño era completo, pues, hecha ella monja, me quedaba libre. Por lo cual, sumamente enojados, se conjuraron contra mí. Cierta noche, cuando yo me encontraba descansando y durmiendo en una habitación secreta de mi posada, me castigaron con una cruelísima e incalificable venganza, no sin antes haber comprado con dinero a un criado que me servía. Así me amputaron —con gran horror del mundo— aquellas partes de mi cuerpo con las que había cometido el mal que lamentaba. Se dieron después a la fuga. A dos de ellos que pudieron ser cogidos, se les arrancaron los ojos y los genitales. Uno de ellos era el criado arriba mencionado que, estando a mi servicio, fue arrastrado a la traición por codicia.

8.

Castración de Abelardo.

Ingreso en el monasterio de Saint Denys

Llegada la mañana, es difícil —por no decir imposible— expresar la estupefacción de toda la ciudad congregada en torno a mí. ¡Qué gritos de dolor los suyos! ¡Y cómo me afligían y perturbaban sus voces y lamentos! Sobre todo los clérigos —y mayormente nuestros estudiantes— no dejaban de atormentarme con sus intolerables lamentos y gemidos. De tal forma que me hería más la compasión que la herida misma, sintiendo más la vergüenza que el castigo, siendo más víctima del pudor que del dolor. No hacía más que pensar en la gloria de que gozaba —humillada y, tal vez, muerta— por un accidente tan fácil y tan desgraciado. No podía dejar de pensar en lo justo del juicio de Dios por haberme castigado en aquella parte del cuerpo con la que había delinquido. Volvía una y otra vez sobre la justa traición de aquél a quien yo había traicionado primero. Ni podía quitar de encima las alabanzas con que mis enemigos celebrarían justicia tan manifiesta, ni la afrenta que supondría para mis parientes y amigos el azote de un dolor constante y cómo se extendería bien pronto esta deshonra por todo el mundo.

Me preguntaba, sobre todo, qué nuevos caminos me quedaban abiertos para el futuro. ¿Con qué cara podía presentarme en público si todos los dedos me señalaban? ¿No sería la comidilla de todas las lenguas y me convertiría en un espectáculo monstruoso para todos? No salía de mi confusión al recordar que —según la interpretación literal de la Ley— Dios aborrece tanto a los eunucos que los hombres a quienes se han amputado o mutilado sus testículos no pueden entrar en la iglesia, como si fueran malolientes o inmundos, pues los mismos animales, en tales condiciones, son rechazados para el sacrificio. Se dice en el Levítico: «No ofreceréis al Señor reses con testículos machacados, aplastados, arrancados o cortados». Y en el Deuteronomio: «No se admite en la asamblea del Señor a quien tenga los testículos machacados o haya sido castrado, o se le hayan cortado los genitales».

Confieso que, en tanta postración y miseria, fue la confusión y la vergüenza más que la sinceridad de la conversión las que me empujaron a buscar un refugio en los claustros de un monasterio. Para entonces, Eloísa, siguiendo mi consejo, había tomado ya el velo e ingresado espontáneamente en el convento. Así pues, ambos vestimos el hábito sagrado al mismo tiempo, yo en la abadía de San Dionisio y ella en el convento de Argenteuil, que ya mencioné. Ella —lo recuerdo bien— al verse compadecida por muchísimos que querían alejar en vano su adolescencia del yugo de la regla monástica —cual si se tratara de una pena intolerable— prorrumpió como pudo entre lágrimas y suspiros en aquella lamentación de Lucrecia

O máxime conjux!

O thalamis indegne meis! Hoc juris habebat

In tantum fortuna caput? Cur impia nupsi,

Si miserum factura fui? Nunc accipe poanas,

Sed quas sponte luam.

Dichas estas palabras, corre al altar, toma el velo bendecido por el obispo y ante todos los presentes se consagró a la vida monástica. Apenas me había restablecido de la herida, los clérigos empezaron a dar vueltas importunando al abad y a mí mismo para que yo me entregara al estudio por el amor de Dios, ya que antes lo había hecho movido por el deseo del dinero y de la fama. Debía considerar el talento que Dios me había confiado, pues un día me lo exigiría con interés. Debía pensar, además, que si hasta este momento me había ocupado de los ricos, de aquí en adelante sólo debería pensar en los pobres. Y que, sabedor como era, de haber sido tocado por la mano de Dios, debía entregarme con más intensidad al estudio de las letras, más libre y alejado de los placeres carnales y de la tumultuosa vida del siglo. Debía, por tanto, convertirme más en filósofo de Dios que del mundo.

La abadía a la que me había dirigido ofrecía un estilo de vida mundano y bajísimo. Su mismo abad, si era mayor que los demás en autoridad, era todavía más conocido por su peor vida y mala fama. Me gané las iras y el odio de todos por mis frecuentes y enérgicas recriminaciones —tanto en público como en privado— de sus intolerables obscenidades. Todo lo cual hizo que cualquier

ocasión le pareciera buena para servirse de las habladurías diarias de los discípulos y así poderme alejar de ellos. La presión continuó durante algún tiempo y sus insistencias fueron cada vez más fuertes, sin que en ellas dejaran de intervenir el abad y los monjes. Todo lo cual me obligó a retirarme a un priorato dependiente de la abadía donde pudiera entregarme a mis clases de costumbre. Tan gran multitud de alumnos acudió a ellas que no había ni alojamiento ni comida para ellos.

Aquí, en este lugar me entregué a lo que creía era más propio de mi profesión, a saber: el estudio de la Escritura primero, junto al ejercicio de las ciencias profanas, a las que ya estaba avezado y que ahora se me exigían de forma preferente. En realidad, traté de usar de éstas a modo de anzuelo, disfrazado con el gusto de la filosofía, a fin de arrastrar a mis oyentes al estudio de la verdadera filosofía. Tal fue la práctica de Orígenes, el más grande de los filósofos cristianos, tal como lo cuenta Eusebio en su Historia Eclesiástica.

Cuando comprobaron que mi conocimiento de las Sagradas Escrituras no era inferior al que Dios parecía haberme concedido en las ciencias profanas, mis clases en ambas asignaturas comenzaron a llenarse de alumnos, mientras que las demás disminuían. Esto concitó el odio y la envidia de los demás profesores, los cuales, siempre que podían arremetían contra mí, objetando en mi ausencia dos cosas, principalmente. La primera, que es contrario a la vocación del monje entregarse al estudio de la literatura profana. Y la segunda, haber pretendido ejercer el magisterio de la teología sin maestro. De esta manera querían impedirme el ejercicio de la docencia, cosa a la que me incitaban constantemente arzobispos, obispos, abades y otras personas de renombre eclesiástico.

9.

Del libro de teología

Empecé explicando en mis clases el fundamento mismo de nuestra fe con argumentos sacados de la razón humana. Para ello compuse un tratado de teología destinado a los estudiantes con

el título *De Unitate et Trinitate divina*. Lo compuse a requerimiento de los alumnos mismos que me pedían razones humanas y filosóficas. Razones y no palabras —me decían—. Es superfluo proferir palabras —seguían diciendo— si no se comprenden. Ni se puede creer nada si antes no se entiende. Y es ridículo que alguien predique lo que ni él mismo entiende y que los mismos a quienes enseña no puedan entender. El Señor mismo los califica de «guías ciegos de ciegos». Este tratado fue visto y leído por muchos, siendo del agrado de todos ellos, ya que les parecía responder a todos los problemas que presenta el tema. Y siendo —al parecer de todos— los problemas más difíciles, su gravedad era tanto mayor cuanto más sutil o aguda era mi solución.

Mis adversarios, encorajinados, congregaron contra mí un Concilio en el que destacaban dos antiguos muñidores y adversarios míos. Me refiero a Alberico y Lotulfo, quienes —una vez muertos sus maestros y también míos, a saber, Guillermo y Anselmo— querían reinar solos después de ellos e incluso sucederles como herederos. Ambos daban clases en la escuela de Rheims y, tras repetidas insinuaciones, lograron indisponer a su obispo Radulfo contra mí. Este, junto con Conano, obispo de Palestrina, a la sazón legado papal en Francia, lograron reunir una asamblea— que llamaron concilio— en la ciudad de Soissons. Se me invitó a que participara en ella llevando conmigo el libro tan conocido que yo había escrito sobre la Trinidad. Así lo hice, en efecto. Pero antes de presentarme yo al lugar, mis dos rivales ya mencionados, de tal forma me difamaron ante el pueblo y el clero, que poco faltó para que el mismo pueblo nos apedrease a mí y a los pocos discípulos que habían venido conmigo, el día de nuestra llegada. Se les había convencido de que yo afirmaba o había escrito que había tres dioses.

Tan pronto como llegué a la ciudad me presenté al legado. Le entregué una copia del tratado con el fin de que fuera examinado y juzgado, no sin antes declararle, que si algo había escrito en él que se apartase de la fe católica, estaba dispuesto a corregirlo o a dar satisfacción de ello. De entrada, él me mandó entregar el libro al arzobispo y a mis dos contrincantes, pues eran ellos los que me habían de juzgar, pues ellos eran mis acusadores. Se

cumplía así en mí aquello de «nuestros enemigos serán nuestros jueces». A pesar de haber examinado y vuelto a examinar el libro una y otra vez, sin encontrar nada que en la audiencia se atrevieran a alegar contra mí, fueron demorando la condenación del libro —que estaban deseando— hasta la sesión final del concilio. Yo a mi vez, durante todos los días que precedieron a la última sesión, exponía en público a todos la fe católica, tal como lo tenía escrito. Cuando el clero y el pueblo se dieron cuenta comenzaron a decirse entre sí: Ahora sí que habla en público y nadie se atreve a decirle nada. El concilio que —según nos dijeron— se había convocado contra él, toca a su fin. ¿Es que los jefes no se dan cuenta que son ellos los que yerran y no él?» Todo lo cual encendía más y más a mis enemigos.

Cierto día, Alberico se acercó a mí con algunos de sus discípulos con ánimo de tentarme. Después de unas palabras amables, me dijo que estaba extrañado de algo que había encontrado en mi libro.

—«Afirmas —me dijo— que Dios engendró a Dios y que no hay más que un solo Dios. Niegas, sin embargo, que Dios se haya engendrado a sí mismo.»

—«Si quieres —le contesté— explicaré eso al instante.»

—«No nos preocupa tanto —replicó él— la razón humana, ni la explicación que le damos, cuanto las palabras de autoridad.»

—«Volved la página —les dije yo— y encontraréis la autoridad que buscáis.»

Tenía a mano el libro que él mismo había traído. Busqué el lugar que conocía —y que él no había sido capaz de encontrar—. O es que no buscaba más que lo que me pudiera dañar. Y quiso Dios que apareciera ante mí lo que yo iba buscando. Era el capítulo titulado: San Agustín, De Trinitate, libro I: «Quien piensa que Dios se engendró a sí mismo de su propia potencia, se equivoca doblemente: no sólo porque Dios no es así, sino además porque no es criatura ni espiritual ni corporal. No es, pues, ninguna cosa que se pueda engendrar a sí misma».

Cuando los discípulos que estaban presentes oyeron esto, enrojecieron de estupor. El, en cambio —como para defenderse— dijo:

—«Habrá que entenderlo bien.»

—«No es nada nuevo —añadí yo—; pero éste no es el caso ahora, pues me había pedido las palabras, no el sentido de las mismas. Y añadí:

—«Si quieres escuchar el sentido y la explicación de las mismas, estoy dispuesto a exponerlos, tal como aparece en la proposición citada. Y puedo probarte además que has caído en esa herejía que supone que el Padre es Hijo de sí mismo.»

Cuando oyó esto, montó en cólera y pasó a las amenazas, asegurándome que no me valdrían ni mis razones ni mis autoridades. Y así se despidió.

El último día del concilio —antes de reunirse para el veredicto—, el legado y el arzobispo, junto con mis adversarios y alguna otra persona, parlamentaron largamente, para decidir sobre mí y mi libro, asunto para el que principalmente habían sido convocados. Ni de mis palabras ni de mi escrito —que era de lo que ahora se trataba— lograron sacar nada contra mí. Entonces, Godofredo, obispo de Chartres —que sobresalía por encima de los demás obispos por su fama y por la dignidad de su sede— al ver que todos se callaban o arremetían menos abiertamente contra mí, habló de esta manera

—«Señores: todos los aquí presentes conocéis la doctrina de este hombre. Sabéis también quién es, y su gran talento. No ignoráis tampoco que en todas las cosas que se ha propuesto ha tenido muchos admiradores y seguidores, superando la fama tanto de sus maestros como de los nuestros y extendiendo —como quien dice— los pámpanos de su viña de mar a mar. Si, llevados de prejuicios, le condenáis —aunque sea justamente— sabed que ofenderéis a muchos y que habrá más que estén dispuestos a defenderle. Sobre todo no encontrando en sus escritos nada que sea una falsedad manifiesta. Debéis recordar además el consejo de San Jerónimo: Un valor manifiesto siempre suscita envidiosos.

Y aquellos versos:

... *Feriantque summos*

Fukgura montes.

Considerad, pues, si obrando violentamente de vuestra parte, no vais a aumentar más su renombre, y si no nos perjudicamos más nosotros por nuestra envidia de lo que él queda perjudicado por la justicia. «Un falso rumor —nos recuerda también San Jerónimo— se apaga pronto, y la vida posterior de un hombre se encarga de hacerle justicia». Si os disponéis a actuar contra él canónicamente, pónganse sobre el tapete su doctrina y su escrito y sea permitido al interrogado responder libremente. De esta manera, el confeso y convicto callará, según aquella sentencia de Nicodemos: «¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin antes oírle y conocer lo que ha hecho?».

Al oír esto mis adversarios, se le echaron encima gritando:

—«Consejo de sabio, en verdad. ¡Como si nosotros pudiéramos oponernos a las palabras de aquél, cuyos argumentos y sofismas no podría resistir el mundo entero que se le pusiera delante!» Pero pienso que mucho más difícil era enfrentarse con el mismo Cristo, a quien Nicodemo invitaba a ser oído, según la prescripción de la Ley.

Como el obispo no lograra convencerlos, trató, por otro camino, de frenar su envidia, afirmando que, para una discusión de tanta monta, no bastaban los pocos que estaban presentes y que tal causa exigía un examen más detenido. Por lo demás —dijo— mi único consejo es éste: que su abad, aquí presente, le mande volver a su abadía, es decir, al monasterio de San Dionisio. Una vez allí, sean convocadas más personas y más doctas que, después de un detenido examen, determinen lo que se ha de hacer.»

El legado asintió a este último consejo, siguiéndole los demás. Seguidamente, el legado se levantó para celebrar la misa, antes de abrir el concilio. Y, por medio del obispo Godofredo, me transmitió la orden adoptada de volver a mi monasterio, donde debía aguardar el veredicto. Entonces, mis adversarios —pensando que nada habían conseguido si este asunto se juzgaba

fuera de su diócesis, pues no podían manejar el concilio— convencieron al arzobispo, ellos, los que menos confiaban en la justicia, de que sería una ignominia para él si esta causa pasaba a otro tribunal, constituyendo un peligro si yo lograba escapar de esta manera. Sin perder tiempo, se presentaron al legado logrando hacerle cambiar de opinión y obligándole —contra su voluntad— a condenar el libro sin ningún examen y a quemarlo en presencia de todos. Le obligaron asimismo a recluirme en perpetua clausura en un monasterio extraño. Decían que para la condenación del libro bastaba el que yo me hubiera atrevido a leerlo en público sin la autorización del romano pontífice ni de la Iglesia. Alegaban también que lo había entregado a muchos para que sacaran copias. Todo lo cual sería de gran provecho a la fe cristiana, si, con mi ejemplo, se evitara la presunción de otros muchos.

El legado era menos letrado de lo que hubiera hecho falta por eso se apoyaba más de lo necesario en el consejo del arzobispo y éste, a su vez, en el de ellos. Todas estas maquinaciones llegaron a oídos de mi obispo de Chalons, quien me las comunicó al instante, exhortándome vivamente a que soportara todo con tanta más humildad, cuanto más clara parecía a todos su violencia. «No te quepa duda —añadió— de que la violencia de su envidia redundara en perjuicio de ellos y en beneficio tuyo. Tampoco debe turbarte —añadió— el confinamiento en el monasterio. Has de saber que el mismo legado— que lo hacía obligado— te libraré después de algunos días de salir de aquí.» Así pues, me consolé, fundiendo sus lágrimas con las mías.

10.

Quema de su libro

Por fin, fui llamado, presentándome inmediatamente al Concilio. Sin ningún proceso de juicio me obligaron a que, con mi propia mano, arrojara al fuego el mencionado libro. Y así se quemó. Como nadie parecía decir nada, uno de mis adversarios se atrevió a murmurar en voz baja que había podido leer en mi libro que sólo

Dios Padre era Omnipotente. Llegó a oídos del legado, quien lleno de extrañeza le dijo que esto ni de un niño de pecho se podía creer, ya que la fe común afirma y confiesa que los tres son omnipotentes. Al oír esto, un director de escuela, llamado Thierry, se echó a reír, citando las palabras de San Atanasio: «Y, sin embargo, no son tres omnipotentes, sino uno solo omnipotente».

El obispo le increpó con dureza y le respondió como a un reo que se atrevía a hablar con majestad. Pero él le hizo frente con valentía y, recordando las palabras de Daniel, le dijo: «¿Pero estáis locos, israelitas? ¿Con que sin discutir la causa ni conocer la verdad, condenáis a un israelita? Volved al tribunal y juzgad al mismo juez —dijo—. Habéis nombrado a un juez tal —para la enseñanza de la fe y la corrección del error— que, debiendo juzgar, se ha condenado a sí mismo por su propia boca. Librad hoy, por la misericordia divina al inocente, como en otro tiempo a Susana de los falsos profetas.»

Levantándose entonces el arzobispo, cambió las palabras y confirmó —como era de rigor— la sentencia del legado, diciendo: «En verdad, Señor, omnipotente es el Padre, omnipotente el Hijo y omnipotente el Espíritu Santo. Y quien se aparta de esto, yerra y no hay que oírlo. Y ahora, si lo creéis conveniente, sería bueno que ese hermano exponga su fe delante de todos a fin de que, cual conviene, sea aprobado, reprobado o corregido.»

Cuando me levantaba a profesar y a exponer mi fe, tratando de expresar con palabras lo que sentía, mis adversarios me dijeron que no necesitaba más que recitar el símbolo atanasiano, cosa que podía hacer también un chiquillo. Y para que no me excusara por ignorancia —como si me faltara el uso de las palabras— me obligaron a que lo llevara escrito y lo leyera. Lo leí —mal que bien— entre suspiros, sollozos y lagrimas. Reo y confeso, soy entregado al abad de San Medardo, allí presente, siendo arrastrado a su claustro como a una cárcel. El concilio se dispersó inmediatamente. El abad y los monjes de aquel monasterio— pensando que me quedaría mas con ellos— me recibieron con gran gozo, esforzándose en vano por consolarme y llenándome de atenciones.

¡Dios, que juzgas con equidad! ¡Y con qué hiel en mi alma y con qué angustia de espíritu me revolvía yo entonces, loco de mí! Te acusaba furibundo, repitiendo a cada instante la pregunta de San Antonio: «Jesús bueno, dónde estabas?» No puedo expresar ahora el dolor que entonces me quemaba, la vergüenza que me confundía y la desesperación que me perturbaba. Trataba de comparar lo que en otro tiempo había padecido en mi cuerpo con lo que ahora padecía y me tenía a mí mismo como el más miserable de los hombres. La traición de que había sido objeto la consideraba insignificante comparada con esta injuria y lloraba mucho más el detrimento del honor que el del cuerpo. Si por mi culpa había incurrido en la injuria del cuerpo, a esta violencia tan patente sólo me habían inducido mi sincera intención y mi amor a nuestra común fe. Ellos solos me habían empujado a escribir.

Todos aquellos a quienes llegó la noticia de la crueldad y apasionamiento con que se me había tratado, protestaban con energía. De la misma manera, todos los que habían intervenido se disculpaban, pasándose la culpa unos a otros. Hasta el punto que mis mismos adversarios llegaron a negar que todo esto se hubiera hecho con su consejo. El propio legado delató en público la envidia de los franceses a este respecto. Y así, pocos días después, arrepentido de haber sido coaccionado por la envidia de mis adversarios, me sacó del monasterio de San Medardo y me devolvió al mío.

Aquí —como ya dije— me volví a encontrar con unos monjes corrompidos en su mayoría. Su vida desordenada y sus modales mundanos hacían de mí un individuo sospechoso, cuyas críticas difícilmente podían tolerar. Pasados algunos meses, la suerte les deparó la ocasión de quitarme de en medio. Un día, cuando estaba leyendo, me topé con una frase de Beda en su Comentario a los Hechos de los Apóstoles. En ella afirma que Dionisio Areopagita había sido obispo de Corinto y no de Atenas. Esto les pareció contrario a lo que ellos pensaban, pues se jactaban de que su patrono, Dionisio, era aquel areopagita que fue obispo de Atenas, según narra la historia. Habiendo encontrado el citado texto, mostré, como en broma, a algunos de los hermanos que me rodeaban el citado testimonio Beda que volvían contra mí. Ellos,

indignados, dijeron que Beda era un autor lleno de mentiras y que para ellos su abad Hilduin era un testigo mucho más fiable. El cual para comprobar este dato había recorrido Grecia durante mucho tiempo y, una vez conocida toda la verdad, había disipado toda duda al respecto con los hechos que transcribió de él. Uno de ellos me preguntó a bocajarro cuál era mi opinión sobre esta controversia acerca de Beda e Hilduin. Le respondí que, para mí, era más fiable la autoridad de Beda, cuyos escritos se leen en toda la Iglesia latina.

Les bastó esto para enfurecerse contra mí, diciéndome a voces: Está bien claro que siempre has sido la peste de nuestro monasterio. Y prueba de ello es que ahora acabas de deshonar a todo el reino, quitándole aquel honor que era su máxima gloria, pues negaba que fuese su patrono el Areopagita. Yo les respondí que ni lo había negado ni me importaba mucho si el mismo Areopagita era oriundo de otro lugar, con tal que ante Dios hubiera adquirido tan gran corona de gloria. Corrieron apresuradamente al abad, anunciándole lo que de mí habían oído. El abad se regocijó con el cuento, pues le daba una oportunidad para humillarme, ya que me temía tanto más cuanto más torpe era su vida que la de los demás.

Convocado el consejo del monasterio y convocados los hermanos me amenazó gravemente. Me dijo que se presentaría ante el rey, para pedir venganza a mí, como si le hubiera robado la gloria y la corona de su reino. Mientras tanto, me puso bajo vigilancia hasta ser entregado al rey. Le dije que si algo había hecho mal estaba dispuesto a someterme a la disciplina regular. Pero fue en vano.

Horrorizado, entonces, por su venganza, y completamente desesperado de mi mala y prolongada suerte —como si todo el mundo estuviese conjurado contra mí— huí a escondidas durante la noche aconsejado por algunos hermanos y con la ayuda de algunos de mis discípulos. Me refugié en el territorio cercano del conde Teobaldo, donde anteriormente había permanecido escondido en un priorato. El sabía ya un poco de mí y había oído de mis padecimientos con gran pena por su parte.

Comencé a vivir en Provins en un monasterio de monjes de Troyes, cuyo prior ya me era conocido y éramos muy amigos. Se alegró, pues, de mi llegada, atendiéndome con toda clase de atenciones. Cierta día, se acercó mi abad para visitar al conde y tratar algunos asuntos. Tan pronto como lo supe me fui al conde con el prior rogándole que intercediera por mí ante mi abad para que me perdonara y me dejara vivir monásticamente donde hubiera un lugar adecuado para mí. El y los que estaban con él llevaron el asunto al consejo, respondiendo que lo tratarían ese mismo día antes de marchar. Reunido el consejo, les pareció que yo quería ser trasladado a otra abadía, lo que sería una bofetada para la suya. Creían que su mayor gloria era que yo me hubiera alojado con ellos en mi conversión, como si con esta decisión mía hubiera despreciado a las demás abadías. Si ahora me pasaba a vivir con otros, caería un gran oprobio sobre ellos.

En consecuencia, que no quisieron oírme ni a mí ni al conde sobre este tema. Y pasaron inmediatamente a amenazarme, incluso con la excomunión, si no volvía. Prohibieron asimismo al prior, en cuyo monasterio me había refugiado, que me retuviera en adelante, si no quería ser también partícipe de la excomunión.

Al oír esto, tanto el prior como yo quedamos estupefactos. El abad partió obcecado en su obstinación, muriendo a los pocos días. Nombrado su sucesor, me presenté a él con el obispo de Meaux esperando que accediera a lo que había pedido a su predecesor. Al principio no quiso saber nada del asunto. Después, por mediación de algunos amigos míos, apelé al rey y a su consejo, consiguiendo, de este modo, lo que pedía Esteban, que era a la sazón mayordomo real, llamó al abad y a sus consejeros. ¿Por qué —les dijo— queréis retener contra su voluntad a ese hombre? ¿No veis que puede derivar fácilmente en escándalo —aparte de no tener utilidad alguna— retener a un hombre cuya vida —como es de todos conocido— es irreconciliable con la vuestra? Yo sabía que la sentencia del consejo real se apoyaría en este simple razonamiento: cuanto menos observante y regular fuese aquella abadía, más sujeta y útil sería al rey en lo referente, claro está, a los beneficios temporales. Por lo mismo, estaba seguro de conseguir fácilmente el asentimiento del rey y de su con-

sejo. Y así fue. Pero para que mi monasterio no perdiera la aureola de gloria que por mí tenía, me permitieron elegir la soledad que yo quisiera, con tal de que no me sometiera a ninguna abadía. Ambas cosas fueron convenidas y confirmadas en presencia del rey y de los suyos.

Me dirigí a un lugar solitario, que había conocido antes, en el término de Troyes. Allí —en una parcela de tierra que algunos me dieron— con el permiso del obispo del lugar, levanté con cañas y paja un oratorio que dediqué a la Santísima Trinidad. Allí, escondido con un clérigo amigo mío, pude al fin cantar al señor con el Salmo: «Salí huyendo, y viví en la soledad».

11.

La vida de soledad. El Paráclito

Conocido esto por los estudiantes, comenzaron a llegar de todas partes. Dejaban las ciudades y las aldeas para poblar la soledad. Abandonaban sus amplias mansiones para construirse pequeñas tiendas. Sustituían los alimentos delicados por hierbas salvajes y pan duro; los lechos blandos por camastros de paja y las mesas por simples taburetes. Se decía que imitaban a los antiguos filósofos, de quienes habla San Jerónimo en el Libro II Contra Joviniano:

«Por los sentidos —como por ciertas ventanas— se introduce el vicio en el alma. Ni la metrópoli, ni la ciudadela de la mente pueden tomarse si el ejército enemigo no se precipita por las puertas. Si alguien se deleita con el circo, la lucha de los atletas, los movimientos de los histriones, la belleza de las mujeres, el brillo de las perlas, de los vestidos y otras cosas semejantes, es que la libertad del alma quedó atrapada a través de las ventanas de los ojos. Se cumple con ello la palabra del profeta: «La muerte entró por nuestras ventanas».

«¿Dónde está, por consiguiente, la libertad, si por estas puertas entran en la ciudadela de nuestra mente las cunas de las pertur-

baciones? ¿Dónde su fortaleza? ¿Dónde el pensamiento de Dios? Sobre todo cuando su sensibilidad le vuelva a pintar los vicios pasados y el recuerdo de los vicios obligue al alma a consentir y, en cierto modo, a ejercitar lo que ya no hace. Atraídos por estas razones, muchos de los filósofos dejaron de frecuentar las ciudades y los jardines que las rodean. Sabían que los campos regados, la fronda de los árboles, el susurro de las aves, el espejo de la fuente, el río que murmura y otras muchas atracciones de los ojos y de los oídos, ablandan la pureza del alma y ensucian su pureza con el lujo y abundancia de las cosas. Nada bueno resulta de mirar con frecuencia aquellas cosas que nos sedujeron y entregarte a la experiencia de aquellas que, difícilmente, puedes dejar. Los mismos pitagóricos, apartándose de estas cosas, trataron de habitar en la soledad y en lugares desiertos. Lo mismo hizo Platón, quien, siendo rico —y después que Diógenes pateara su lecho con los pies enfangados— eligió la finca de la Academia para poder dedicarse a la filosofía. Sabido es que el lugar no sólo estaba alejado de la ciudad, sino que era desierto y pestilente. Allí, preocupado por la frecuencia de las enfermedades, quedarían rotos los ímpetus de la concupiscencia y sus discípulos no tendrían más apetencia que la de aprender».

Esta fue también —según dicen— la vida de los hijos de los profetas, seguidores de Eliseo. De ellos dice el mismo San Jerónimo —como si fueran monjes de aquel tiempo cuando escribe al monje Rústico, entre otras cosas: «Los hijos de los profetas —que el Antiguo Testamento llama monjes— se edificaban pequeñas chozas a las orillas del Jordán y —dejando las turbas y las ciudades— se alimentaban con pan de cebada y hierbas salvajes.» De la misma manera, mis discípulos, edificando sus chabolas a lo largo del río Ardusson, parecían más ermitaños que escolares.

Pero cuando mayor era la confluencia de los estudiantes y más dura era la vida que llevaban a causa de mi doctrina, más gloria veían mis rivales que esto me reportaba y más desdoro para ellos. Habían hecho todo lo que podían contra mí y les dolía que todo conspirase a mi favor. De tal manera que —según las propias palabras de San Jerónimo: «Yo, alejado de las ciudades, de los negocios, de los pleitos, del bullicio de las turbas, fui encon-

trado en mi soledad por la envidia, como dice Quintiliano». Todos ellos lamentaban en silencio sus errores y se quejaban entre sí, diciendo: «Todo el mundo va tras él». Nada adelantamos con perseguirle, por el contrario, le damos más fama. Tratamos de borrar su nombre y he aquí que le damos más brillo. En las ciudades los estudiantes tienen a mano cuanto necesitan y, no obstante, despreciando las delicias de la sociedad, se vuelven a la escasez de la soledad y de grado se hacen pobres.»

Fue entonces cuando, empujado por una pobreza intolerable, me vi obligado a volver al régimen de las clases, pues «no podía cavar y me daba vergüenza pedir limosna». Recurrí al arte que conocía, es decir, al oficio de la lengua, en lugar del trabajo manual. Pero los estudiantes me proporcionaban de grado cuanto yo necesitaba, tanto en la comida como en el vestido, en el cuidado de los campos, como en los gastos de los edificios. Y como en mi oratorio no cabía más que una pequeña parte de ellos, lo ampliaron y lo mejoraron, construyéndolo con piedras y vigas de madera. Había sido fundado y dedicado en honor de la Santísima Trinidad. Prófugo como llegué allí, y casi ya desesperado, empecé a respirar un poco de consuelo divino. Por este favor y gracia le di el nombre de Paráclito, consolador. Al oírlo, muchos quedaron sorprendidos, rechazándolo algunos con fuerza «No es lícito —decían— dedicar al Espíritu Santo ninguna iglesia de un modo específico y distinto que a Dios Padre. O bien —según la antigua tradición— al Hijo solo o a la Trinidad.»

A tal calumnia les indujo sobre todo el error que tenían de que entre el Paráclito y el Espíritu Santo paráclito no existía relación alguna. De hecho, nos podemos dirigir a la Trinidad o a alguna de las personas de la Trinidad como a Dios y Protector. De la misma manera nos podemos dirigir como a Paráclito, esto es Confortador, según aquellas palabras del Apóstol: «Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones». Y como dice la Verdad: «El os dará otro Consolador». ¿Qué impide, pues, que estando toda la Iglesia consagrada al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se dedique la casa del Señor al Padre, al Espíritu Santo o al Hijo? ¿Quién se

atreverá a borrar su título del frontispicio del vestíbulo. Lo diré de otra manera: Cuando el Hijo se ofrece en sacrificio al Padre y, en consecuencia, en la celebración de la misa tanto las oraciones como la inmolación de la víctima se dirigen de modo especial al Padre, ¿por qué el altar no ha de ser, particularmente, de aquél a quien se ofrecen de modo especial las oraciones y el sacrificio? ¿Es mejor decir que el altar pertenece a aquél que es sacrificado que a aquél a quien va dirigido el sacrificio? ¿Se atrevería alguno a afirmar que un altar es mejor altar porque se le llame el de la Cruz del Señor, del Sepulcro de San Miguel, de San Juan o de San Pedro o de cualquier otro santo que ni se sacrificó en él ni se le ofrecen en él oraciones ni sacrificio? Ni entre los mismos ídólatras los altares o los templos estaban dedicados más que a los mismos a quienes querían ofrecer sacrificios y obsequios. Quizá diga alguien que, por eso mismo, no hay altares o iglesias dedicadas al Padre, pues no existe una fiesta dedicada a tal solemnidad. Esta manera de argumentar privaría de fiesta a la Trinidad, no al Espíritu Santo, ya que éste tiene por su venida su propia fiesta de Pentecostés. De la misma manera que el Hijo tiene la suya por su Nacimiento. Como el Hijo fue enviado al mundo, de la misma manera el Espíritu Santo al ser enviado a los discípulos está pidiendo su propia festividad.

¿A cuál de las personas deberíamos dedicar el templo con más propiedad que al Espíritu Santo, si tenemos en cuenta la autoridad apostólica y la manera de obrar del mismo Espíritu? A ninguna de las tres personas más que al Espíritu Santo atribuye el apóstol el templo espiritual. No habla del templo del Padre, ni del Hijo, sino del templo del Espíritu Santo, cuando escribe en los Corintios: «Estar unido al Señor es ser un espíritu con El». Y añade: «Sabéis muy bien que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, porque Dios os lo ha dado» ¿Quién no sabe atribuir los favores divinos de los sacramentos administrados en la Iglesia a la acción de la gracia divina, es decir, al Espíritu Santo? En el Bautismo renacemos del agua y del Espíritu Santo. Y es entonces cuando nos constituimos en templos para Dios. La gracia del Espíritu Septiforme se nos confiere en la confirmación con aquellos dones con que el mismo templo de Dios se adorna y se dedica ¿Tiene algo de extraño, pues, que llamemos

templo corporal a aquella persona a quien el Apóstol atribuye un templo espiritual especial? ¿A quien se puede consagrar con mas propiedad una iglesia sino a aquel a cuyo poder efectivo se atribuyen, de modo especial, los beneficios de los sacramentos de la Iglesia?

Sin embargo, cuando di por primera vez el nombre de Paráclito al oratorio no tenía intención de dedicarlo a una sola persona. Le di tal nombre —como arriba dije— pensando en el consuelo que yo había encontrado en él. Pero —aun en el caso de haberlo hecho por la razón que todos creían— no sería descabellado, si bien no acostumbrado.

12.

Nuevas persecuciones

En este lugar escondí mi cuerpo, mientras mi fama cabalgaba por todo el mundo. Trataba de detener en vano aquella ficción poética llamada Eco, que al principio parece ser una gran voz pero luego no es nada. Mis primeros adversarios, viéndose impotentes por sí mismos, suscitaron contra mí nuevos apóstoles en quienes el mundo confiaba mucho. De ellos, uno se jactaba de haber reformado la vida de los canónigos regulares, y el otro la de los monjes. Estos iban de un lado para otro del país, zahiriéndome cuanto podían con sus predicaciones, hasta el punto de hacerme despreciable tanto a los poderes eclesiásticos como seculares. Tan siniestras cosas propalaron sobre mi fe y mi estilo de vida, que llegaron a indisponer contra mí a los principales de mis amigos, de tal forma que, si todavía les quedaba algún afecto hacia mi persona, por miedo a ellos lo disimulaban como podían.

Dios es mi testigo de que cuantas veces llegaba a mis oídos la noticia de una reunión de eclesiásticos, pensaba que estaban tratando mi condenación. Consternado, como aquel a quien cae encima un rayo, esperaba ser llevado como hereje y profano ante los concilios y sínodos. Sirviéndome de la comparación de la pulga y el león y de la hormiga y el elefante, diré que mis enemigos

me perseguían con ánimo no más dulce que los herejes lo hicieran en otro tiempo con San Atanasio. Con frecuencia —Dios lo sabe— caía en tan gran desesperación que me venía la idea de atravesar las fronteras de los cristianos para pasarme a los gentiles. Por lo menos allí viviría tranquila y cristianamente —pagando cualquier tributo— entre los enemigos de Cristo. Me decía a mí mismo que me serían tanto más propicios, cuanto menos cristiano me consideraran a causa del crimen que se me imputaba y, de esta manera, creyeran que podían inclinarme más fácilmente a su secta.

13.

Nueva abadía. Persecución y tiranía de los monjes

En medio de tantas y tan persistentes angustias —como una última decisión— me resolví a refugiarme en Cristo entre los enemigos de Cristo. Pensé que se me ofrecía una oportunidad que traería un poco de respiro a tantas asechanzas como se me tendían. Pero caí en manos de cristianos y de monjes mucho mas severos y peores que los mismos gentiles.

En Bretaña, y en la diócesis de Vannes, había una abadía dedicada a San Gildas de Rhuys. Se hallaba, a la sazón, sin superior y abandonada tras la muerte de su abad. Por elección unánime de los monjes fui invitado a ella, después que el señor de la tierra diera su consentimiento y se consiguiera fácilmente el permiso del abad y de los monjes de mi monasterio. De esta manera, la envidia de los francos me llevó a occidente, lo mismo que la envidia de los romanos había llevado a San Jerónimo a oriente. Nunca —bien lo sabe Dios— me hubiera avenido a ello, de no pensar, como acabo de decir, que podía verme libre de la incesante opresión de que era víctima.

Era una tierra bárbara, cuya lengua me era desconocida. Y para nadie era un secreto la vida disoluta e indomable de aquellos monjes, una vida que resultaba licenciosa e inhumana a los mismos habitantes del país. Como aquel sobre el que cuelga una es-

pada se lanza aterrado por un precipicio y —tratando de evadir una muerte, se encuentra con otra— de la misma manera yo pasé conscientemente de un peligro a otro. Y allí, frente al estruendo de las olas del océano —pues los confines de la tierra me impedían la fuga—no cesaba de repetir en mis oraciones las palabras del Salmo: «Desde el confín de la tierra clamo a ti, Señor, lleno de angustia mi corazón».

Creo que a nadie se le oculta la angustia de mi atormentado corazón al pensar, día y noche, en los peligros de cuerpo y alma que me amenazaban desde que tomé la dirección de aquella comunidad indisciplinada de monjes. Estaba seguro de que, si intentaba reducirlos a la disciplina que habían profesado, no podría vivir. Y de que, si no intentaba hacer lo posible para conseguirlo, me condenaría. Debo añadir, también, que cierto señor muy poderoso en aquella tierra hacía tiempo que tenía sometida a su servicio a la abadía, amparándose en el mismo desorden del monasterio. Se había apoderado de todas las tierras aledañas a éste y había gravado con impuestos más fuertes a los mismos monjes que si se tratase de judíos sujetos a tributos. Todos los días me urgían ellos con sus necesidades. Y no teniendo nada en común que yo les pudiera proporcionar, cada uno se proveía a sí mismo, a las concubinas, a los hijos e hijas, sacándolo de sus propias reservas. Se alegraban de que yo estuviera afligido por esto —y ellos mismos se soliviantaban y llevaban cuanto podían— pensando que, si fracasaba en la administración, me vería obligado a aflojar en la disciplina o a terminar por irme.

Toda la población de la zona era salvaje, al margen de la ley y sin control. No tenía ningún hombre en quien pudiera refugiarme, pues rechazaba las costumbres de todos ellos. Desde fuera del monasterio, el tirano y sus satélites no cesaban de presionarme. Y, desde dentro, los acosos incesantes de mis hermanos, hasta el punto de aplicar a mi situación aquellas palabras del apóstol: «Fuera, las luchas; dentro, el miedo».

No podía quitar de encima el pensamiento de la inutilidad y la miseria que llevaba. Lamentaba mi vida estéril tanto para mí como para los demás. Si antes había sido útil a los clérigos, ahora —habiéndolos dejado por los monjes no producía ningún fruto ni

en éstos ni en aquéllos. Definitivamente, había fracasado tanto en mis proyectos como en mis esfuerzos. Llegué a pensar que, con toda razón, podía ser increpado por todos: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo terminar». Me encontraba hondamente desesperado al recordar de dónde había huido y a dónde me había metido. Daba por nulas mis primeras molestias y me increpaba a mí mismo, diciendo: «Lo tienes bien merecido porque dejaste al Paráclito, el Consolador, y te has venido a meter en la desolación. Queriendo evitar las amenazas, caíste en peligros ciertos».

Lo que mas me atormentaba era que —habiendo abandonado mi oratorio— ya no podía ocuparme, cual convenía, en la celebración del oficio Divino. La excesiva pobreza del lugar apenas si podía satisfacer las necesidades de un solo hombre. Pero, nuevamente, el mismo Paráclito se cuidó de proporcionarme el mayor consuelo en mi abatimiento, pues puso a mi disposición un oratorio a su misma medida.

Un buen día, mi abad adquirió, con algunos medios, la ya conocida abadía de San Dionisio de Argenteuil, que ya desde antiguo pertenecía de derecho al monasterio. En dicha abadía había tomado el hábito Eloísa, mi hermana en Cristo, no ya mi mujer. En ella hacía de priora mi antigua compañera, que, junto con la comunidad de monjas, fue expulsada. El verlas dispersas de un lugar para otro me hizo entender que el Señor me deparaba una magnífica ocasión para ocuparme del oratorio. Así pues, me volví allí y la invité a ella y a algunas otras, que no quisieron dejarla sola, a que vinieran al mencionado oratorio del Paráclito. Una vez congregadas en él les ofrecí y di el oratorio con todas sus pertenencias. Esta misma donación mía —con el consentimiento e intervención del obispo del lugar— fue confirmada por el Papa Inocencio II, dándosela en privilegio y a perpetuidad a ella y a sus seguidoras.

Al principio, su vida estuvo llena de dificultades y, durante algún tiempo, carecían de casi todo. Pero Dios vino pronto en ayuda de quienes le servían con sinceridad. Demostró ser un verdadero Paráclito poniendo de su parte a la gente que se encontró dispuesta a ayudarles. Con toda franqueza, pienso que, en solo un

año, sus bienes materiales se multiplicaron más que los míos lo hubieran hecho en cien de haber permanecido yo allí. Una mujer —considerada del sexo débil— es más digna de compasión en una situación de necesidad y fácilmente despierta el corazón. Su virtud es más agradable a Dios que al mismo hombre.

Tal favor derramó Dios a los ojos de todos a aquella hermana mía, que estaba al frente de las demás monjas, que los obispos la querían como a una hija, los abades como a una hermana y los seglares como a una madre. Todos por igual admiraban su piedad y sabiduría, así como su inigualada delicadeza y paciencia en toda circunstancia. Cuanto más se hurtaba a las miradas —para así poder entregarse sin distracción a la oración y meditación de las cosas santas encerrada en su celda— con más ansias exigían los de fuera su presencia y su conversación espiritual para pedirle guía y dirección.

14.

Nuevas difamaciones

Pero, precisamente entonces, la gente de los alrededores empezó a atacarme con violencia, pensando que hacía menos de lo que debía y podía para proveer a las necesidades de las monjas. Pues como ellos decían, yo podía hacerlo, si quería, al menos por medio de mi predicación. Esto hizo que comenzara a visitarlas con mas frecuencia para ver que podía hacer por ellas. Todo lo cual suscitó maliciosas insinuaciones. La ya conocida maldad de mis adversarios tuvo la desvergüenza de acusarme de estar haciendo lo que una genuina caridad haría, porque yo seguía siendo un esclavo de los placeres, de los deseos carnales y no podía sobre llevar la ausencia de la mujer a quien había amado en otro tiempo. Muchas veces me repetía a mí mismo el lamento de San Jerónimo sobre los falsos amigos, en su carta a Asella: «La única falta que me encuentro es mi sexo, y éste solamente cuando Paula acude a verme a Jerusalén.» Y añade: «Antes de conocer yo la casa de Paula la santa, los elogios a mi persona corrían de boca

en boca por toda la ciudad y casi todos me juzgaban digno de los más altos cargos dentro de la Iglesia. Pero me doy cuenta de que nuestro camino hacia el reino de los cielos, se hace pasando por la buena y mala reputación.»

Cuando llegué a entender la injusticia de tal calumnia a un tan gran hombre, sentí no pequeño alivio. Si mis enemigos —me decía a mí mismo— han sido capaces de encontrar tan fundadas sospechas en torno a mi persona, cual no tendrá que ser mi sufrimiento por semejante patraña. Pero, ahora que, por la misericordia de Dios, me he visto libre de tal sospecha y ha desaparecido de mí el poder de cometer esta falta, ¿cómo es posible mantener tal sospecha? ¿Qué se busca con esta última y monstruosa acusación? Mi condición presente aleja la duda de la mente de todo hombre de obrar mal. De manera que los que vigilan a sus mujeres se sirven de eunucos, tal como nos cuenta la Historia Sagrada en el caso de Ester y de las otras concubinas del rey Asuero. Leemos también que hubo otro eunuco, de la reina etiope de Candace —y administrador de todos los bienes— a quien fue dirigido el apóstol Felipe para que lo convirtiera y bautizara. Tales hombres han gozado siempre de tanta más responsabilidad y confianza en los hogares de mujeres recatadas y honorables, cuanta menor era la sospecha que recaía sobre ellos. Y para alejar de sí mismo todo recelo en el trato y enseñanza de las mujeres, Orígenes —el más grande filósofo cristiano— en el libro VI de la Historia Eclesiástica de Eusebio nos dice que se mutiló. Por mi parte, creía que la divina misericordia había sido más propicia conmigo que con él. Pues lo sucedido con él fue fruto de un impulso que le llevó a cometer una gran falta, mientras que lo mío no fue por culpa mía. Estaba, por tanto, libre del crimen y de un castigo tanto menor cuanto más breve y rápido había sido, ya que estaba dormido cuando me cogieron, y apenas si sentía dolor.

Pero, aunque quizá entonces sufrí menos dolor físico con la herida, ahora me sentía hundido por la detracción. Me atormentaba más el detrimento de la fama, que la misma mutilación del cuerpo, según está escrito: «Un buen nombre es mejor que muchas riquezas». Y como recuerda San Agustín en su Sermón sobre la vida y las costumbres de los clérigos: «Es cruel consigo mismo

quien se confía a su conciencia y descuida su fama.» Y un poco más arriba dice: «Hagamos el bien —como dice el Apóstol— no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. En el fuero interno nos basta nuestra conciencia. En el fuero externo, y de cara a los demás, nuestra fama no debe ser manchada. Conciencia y reputación son dos cosas diferentes: la conciencia te afecta a ti, la fama o reputación al prójimo.» Pero, ¿qué no hubieran dicho mis enemigos de Cristo y sus seguidores —de los profetas, apóstoles u otros santos padres— de haber vivido en su tiempo y ver a estos santos varones intactos en su cuerpo y en trato y conversación amistosa con mujeres? También aquí nos sirve de testimonio San Agustín en su libro *Sobre la obra de los monjes*, donde nos dice que también las mujeres eran compañeras inseparables de Nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles hasta el punto de seguirles en su predicación:

«A tal fin —dice— fieles mujeres que tenían bienes materiales les acompañaban y proveían de manera que tuvieran cubiertas todas las necesidades de esta vida. Si alguno no cree que los apóstoles acostumbraban a llevar con ellos a mujeres de vida santa allí donde predicaban el evangelio, no tiene más que escuchar el Evangelio y se dará cuenta de que lo hicieron siguiendo el ejemplo del mismo Señor. De El encontramos escrito: «Después de esto siguió recorriendo aldeas y ciudades proclamando la buena nueva de Dios. Le acompañaban los doce y un número de mujeres que se habían visto libres de los malos espíritus y de enfermedades: María de Magdala, Juana, la mujer de Cuza, intendente de Herodes, Susana y muchas otras. Estas mujeres les proveían de sus propios bienes.»

También León IX, refutando una carta de Parmenio, dice lo siguiente:

«Mandamos, terminantemente, que ningún obispo, presbítero, diácono o subdiácono abandone el cuidado de su mujer en nombre de la religión hasta el punto de no proporcionarle alimento y vestido, incluso en el caso de que no se acueste carnalmente con ella. Tal fue la práctica de los santos Apóstoles, como leemos en San Pablo: “¿No tengo yo derecho a llevar conmigo una mujer como el resto de los apóstoles, los hermanos del Señor y el mis-

mo Cephas?" Fíjate, necio, que no dice, ¿no tengo yo derecho a abrazar a una mujer sino a llevar una mujer? Con ello estaba indicando que, por el beneficio de la predicación, era justo que recibieran el alimento de ellas, sin que hubiera después comercio carnal con las mismas.»

El fariseo que pensaba para sí del Señor: «Si éste fuera profeta sabría qué clase de mujer es la que le está tocando, ya que es una ramera», hizo sin duda un juicio más benigno del Señor —en cuanto podemos juzgarlo los humanos— que mis enemigos lo hicieron de mí. Se puede imaginar que quien viera encomendar a su madre al cuidado de un joven, o que los profetas trataban y se hospedaban sobre todo en casa de las viudas, sospechara con mayor probabilidad. ¿Y qué dirían éstos detractores míos si hubieran visto a Malco, el monje cautivo de quien escribe San Jerónimo que vivía en la misma casa con su mujer? A sus ojos hubiera sido un gran crimen, si bien el gran doctor no tuvo palabras más que para alabar lo que vio: «Erase un anciano llamado Malco... nativo del lugar... y una anciana que vivía con él. Los dos tan entregados a su religión y tan vigilantes en el umbral de la Iglesia que se les podía comparar a Zacarías e Isabel del Evangelio, sólo que entre ellos estaba Juan.»

Y para terminar, ¿por qué no se atreven a acusar a los santos Padres, de lo que con frecuencia hemos leído o visto cómo fundaron monasterios para mujeres y las atendieron, siguiendo así el ejemplo de los siete diáconos, que fueron destinados al servicio de las mesas y al cuidado de las viudas? El sexo débil necesita del fuerte, tanto más que el Apóstol afirma que el varón debe estar siempre al frente de la mujer, como cabeza que es suya. Y como signo de esto la ordena que siempre tenga la cabeza cubierta. Por eso no salgo de mi asombro al ver que ha prevalecido la costumbre de nombrar abadesas al frente de los conventos de monjas, lo mismo que los abades a cargo de los monasterios de monjes. Y me maravillo también de que, tanto mujeres como hombres, se sometan, por profesión, a una misma regla en la que hay muchas cosas que no pueden cumplirse por las mujeres sean superiores o súbditas. Vemos, incluso, en muchos lugares —de tal manera se ha perturbado el orden natural— que abadesas y monjas man-

dan sobre el clero que tiene autoridad sobre el pueblo, empujándolos a malos deseos cuanto más ejercen su dominio y cuanto más pesado creen que es el yugo que pesa sobre ellos. Ya lo dice el verso del satírico:

Intolerabilius nihil est quam femina dives.

15.

La última y más difícil etapa

Después de pensarlo una y otra vez, me decidí a hacer cuanto estuviera en mi mano por atender a las hermanas del Paráclito y llevar sus asuntos. Quise estar yo mismo, en persona, vigilándolas para, de esta manera, ser mas reverenciado y así atender mejor a sus necesidades. La persecución que estaba sufriendo ahora de los monjes, a quienes consideraba mis hijos, era mayor y mas insistente que la que había padecido antes por parte de mis hermanos. Pensé, por lo mismo, que podía volverme a las hermanas como a un puerto de paz contra las rabiosas tormentas y encontrar en ellas un poco de respiro. Podría, al menos, conseguir de ellas algún fruto, cosa que no había logrado de los monjes. Sería, para mí, tanto más saludable, cuanto más necesario a su debilidad.

Pero Satanás se encargó ahora de poner tantos obstáculos en mi camino, que no tenía sitio donde, vivir.

Soy un fugitivo y vagabundo que lleva a todas partes la maldición de Caín. Por doquier atormentado —como dije más arriba— «a mi alrededor por luchas, en mi interior por temores», si es que no debo hablar de incesantes luchas y miedos, tanto exteriores como interiores. Y he de confesar que la actual persecución de los hijos es más peligrosa e insistente que la de los enemigos, pues siempre los tengo conmigo y siempre debo estar en guardia contra sus emboscadas. Si me ausento del claustro, no dejo de ver la violencia de mis enemigos sobre mi cuerpo. Pero es dentro del claustro donde tengo que hacer frente a asaltos incesantes —tan

arteros como violentos— de mis hijos, es decir, de los monjes a mi cuidado, contra mí, su abad y padre. ¡Cuántas veces han tratado de envenenarme, lo mismo que hicieron con San Benito! La misma razón que le llevó a él a abandonar a sus depravados hijos me debería haber llevado a mí a seguir el ejemplo de tan gran Padre. Y lo hubiera hecho de no exponerme a que se interpretara mi acción como fruto de mi temperamento violento, más bien que del amor de Dios. O, incluso, como simple destructor de mí mismo. Trataba, como podía, de defenderme de las asechanzas diarias de los que me proporcionaban la comida y la bebida, ya que maquinaban envenenarme en el mismo sacrificio del altar, mezclando veneno en el cáliz.

Otro día, habiendo ido a Nantes a visitar al conde, que se hallaba enfermo, tuve que alojarme en casa de uno de mis hermanos carnales. Por medio de un criado que venía en la comitiva —y del que yo menos podía sospechar— trataron de eliminarme, creyendo que así me pasaría desapercibida tal maquinación. Sucedió, pues, que por disposición de Dios, no caí en la cuenta del alimento que estaba preparado para mí. Uno de los monjes que había traído conmigo, tomó por descuido este alimento, cayendo muerto allí mismo. El criado, sabedor de esto, se dio a la fuga, aterrado tanto por su conciencia, como por la evidencia del crimen.

A partir de entonces, su villanía quedó patente a todos. No me recataba de publicar el hecho, sorteando sus trampas como podía. Incluso me alejé de la abadía yéndome a vivir en pequeñas celdas con unos pocos compañeros. Pero, siempre que los monjes oían que iba de viaje a cualquier parte, sobornaban a ladrones y los apostaban en caminos y senderos para matarme.

Todavía estaba debatiéndome contra estos peligros, cuando un buen día la mano del Señor me hirió con más fuerza. Me caí de la montura y me rompí una vértebra del cuello. Esta fractura me causó mayor dolor y más debilitamiento que mis heridas anteriores. Tuve a veces que parar su insubordinación desmadrada por medio de la excomunión. Y a los que más temía les obligué a comprometerse, públicamente, por su honor o bajo juramento, a que se alejarían definitivamente de la abadía y a que no me per-

turbarían más. Pero ellos violaron pública y desvergonzadamente la palabra y el juramento hechos sobre este punto y otros muchos en presencia del conde y de los obispos y con la autoridad del Pontífice de Roma, Inocencio, a través de su legado especial enviado para este asunto.

Ni siquiera con esto quedaron quietos. Muy poco después de haberse ido ellos, volví a la abadía, confiándome a aquellos hermanos que habían quedado y de los que menos tenía que temer. Resultó que eran peores que los otros. Ya no echaron mano del veneno, sino que, apuntando con una espada a mi yugular, apenas si pude escapar gracias a la protección de un señor de la tierra. Todavía me encuentro en este peligro y a diario veo colgada sobre mi cerviz una espada, de tal manera que apenas si respiro mientras como. Me sucede como a aquel hombre de quien leemos que creía que el poder y la riqueza del tirano Dionisio constituían la suprema felicidad hasta que miró hacia arriba y vio una espada suspendida de una cuerda encima de su propia cabeza. Entonces comprendió la clase de felicidad que acompaña a los poderes terrenales.

Esto es lo que yo experimento ahora constantemente. De un pobre monje como era, fui elevado a abad. Tanto más desdichado cuanto más rico. De esta manera, pienso que, con mi ejemplo, se podrá refrenar la ambición de aquellos que apetecen esta carrera.

Esta es la historia de mis desdichas —mi muy querido hermano en Cristo, mi amigo íntimo y viejo compañero— que padezco casi desde mi cuna. Bástete saber que las escribí pensando en tu desolación y agravio. Por ellas —como dije al principio de la carta— podrás darte cuenta de que tu depresión es nula o pequeña en comparación de la mía. La llevarás con tanta más paciencia, cuanto más pequeña la consideres. Ten siempre delante, para tu consuelo, lo que predijo el Señor de los miembros del diablo: «Si me han perseguido a mí, también a vosotros. Si el mundo os odia, sabed que primero me odió a mí. Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo.» «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo —dice el Apóstol— sufrirán persecución.» Y en otro lugar: «No busco halagar a los hombres; si siquiera halagan-

do a los hombres no sería discípulo de Cristo.» Y el salmista: «Quedaron confundidos los que corren tras los hombres, porque Dios los despreció.»

San Jerónimo —cuyo heredero principal de las tribulaciones me considero yo—escribía a Nepociano, muy atinadamente a este respecto: «Si siguiera todavía —dice el Apóstol— agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo.» En el mismo sentido escribe a Asella sobre los falsos amigos: «Doy gracias a Dios de haber sido hallado digno del odio del mundo.» «Te equivocas, hermano —escribe al monje Heliodoro— te equivocas si piensas que el cristiano se verá alguna vez libre de persecución. Nuestro adversario, como león rugiente, busca a quien devorar.» ¿Y tú piensas en la paz? «Está sentado en la emboscada con los ricos».

Animados con estos textos y ejemplos, soportemos todas estas cosas con tanta mayor seguridad cuanto más injustas nos parezcan. No nos quepa duda de que si no añaden nada a nuestros méritos, al menos contribuyen a expiar nuestros pecados. Y si todo sucede por disposición divina, cada uno de los fieles, sometido a prueba, debe consolarse, al menos, sabiendo que la suprema bondad de Dios no permite que nada acontezca contra sus planes. Muchas veces, cosas comenzadas perversamente, son llevadas por él a buen fin. De aquí que en todo debemos decirle: «Hágase tu voluntad». ¡Qué gran consuelo es para los que aman a Dios aquella sentencia del Apóstol, que dice: «Sabemos que todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios.»

A esto mismo se refería el más sabio de los hombres cuando dice en los Proverbios: «Nada de cuanto sucede al sabio podrá entristecerlo». De todo lo cual se deduce, claramente, que se apartan de la justicia todos aquellos que se soliviantan por cualquier prueba que les manda la divina providencia. Estos tales se someten más a su propia voluntad que a la de Dios. Anteponen su voluntad a la divina. Y aunque sus palabras dicen fiat voluntas tua —hágase tu voluntad— la rechazan en lo más profundo del corazón.

Vale.

